

relativa, en lugar de caer en una fosa blanda, forrada de seda, caerían en la fosa común.

## VII

— Pero la verdad es, caballero, que nos confundís lastimosamente, me dijo una voz de mujer honrada. No hacéis más que hablar de amores comprados y de mujeres que se venden. ¿Acaso no hay más que éstas? ¿No habéis conocido á ninguna que se dé? Habéis empezado por presentaros con cierta complacencia, como un hombre joven todavía, de buena salud, fuerte y de figura agradable, cumplido caballero, diestro en esgrima, y hasta valiente cuando se

presente la ocasión. Parecéis inteligente, y aunque vuestros razonamientos son falsos, están presentados con habilidad. ¿No habéis tropezado nunca con una mujer que os haya amado formalmente?

— Señora, he encontrado varias que han pretendido amarme de la manera que decis.

— Y habéis creído en ellas, ¿no es verdad?

— Hasta el día en que me han engañado, sí.

— ¿Os han engañado muy á menudo?

— Eso no lo sé, porque no era yo el que que contaba; pero he sido engañado por cada una de ellas.

— ¿Y vos, por vuestra parte, quizá engañábais también?

— Siempre.

— Entonces, ¿de qué os lamentáis?

— Yo no me lamento; lo único que hago, en vista de numerosas experiencias, es renunciar á los verdaderos amores y á las amantes en serio.

— Habéis preferido las vestales del templo.

— Sí, porque con esas sé al menos á qué atenerme; me engañaban antes, entonces y después, lo cual, más bien que un derecho, es su deber.

— Pero las otras, las que os han engañado por justas represalias, os amaban al menos algunos momentos de una manera desinteresada.

— ¿Lo creéis así?

— ¡Pues qué! ¿Dudáis de ellas también bajo ese aspecto?

— He encontrado jóvenes que me gustaban, y á quienes creía ser simpático; pero en seguida me he apercebido de que lo único en que se pensaba era en mi fortuna. He tenido queridas que me decían: *Te amo por tí mismo, no quiero nada de tí*; pero he creído por delicadeza que estaba obligado á darlas todo lo que no me pedían, y se lo han guardado. Se me han presentado magníficas ocasiones para tener relaciones con mujeres de clase, y todas se han visto apu-

radas, atormentadas por deudas, y me han confesado su embarazosa situación en medio de dos besos. Si hubiera sido pobre, me habría hecho el sordo, y estoy seguro de hacerles justicia de que no por esto se hubieran enfriado sus besos; pero era rico, y para mí era una satisfacción ofrecerles mi bolsillo. Han empezado por vacilar, y han concluído por aceptar. Entonces, bien á mi pesar, y quizá injustamente, he dudado de los amores desinteresados. Ahora yo no dudo; con las vestales del templo está uno seguro de saber á qué atenerse; como no alimentan vuestras ilusiones, no se tiene el sentimiento de perderlas.

— Parece que os sentís satisfecho con poder justificaros á vuestros ojos vuestro cinismo.

— ¿Acaso no está justificado á los vuestros?

— De ninguna manera, porque son falsas todas las razones que acabáis de presentarme. Lo que queréis sencillamente es sus-

traeros á los lazos que pudieran crearos obligaciones y deberes. ¡ Sois un egoista !

— Lo dudaba.

— Habéis dado rienda suelta á vuestra fantasía, y ésta ha concluído por dominar vuestro corazón, que ya no late : no os gustan más que los amores fáciles, siempre nacientes, siempre renovados ; las letras á la vista. ¡ Sois un sensual !

— Eso es precisamente lo que he querido demostrar antes de referiros mi aventura, y no lo hubiérais comprendido nunca si no me hubiese presentado tal cual soy. Tenía mis motivos para hablaros de mí como lo he hecho hace ya una hora. Quería hacerme conocer, para causaros menos admiración; y si he querido haceros asistir á la creación de ciertos asilos amorosos, ha sido únicamente para prepararos poco á poco, é impedir que gritárais al conducirlos á ellos.

— Pero, ¿ pretendéis llevarme á alguno ?

— Sí ; pretendo que me acompañéis.

— ¡Qué ocurrencia!

— Apostemos... ¿Dudáis? Entonces tenéis miedo de perder. Vamos, venid.

### VIII

El 26 de Enero último había yo comido admirablemente... ¿Que había comido bien? No; lo había hecho como tengo por costumbre. ¿Por qué andar con rodeos y mentir en una cosa tan insignificante, pretextando una excusa que invocan todos los que pecan de ocho á once de la noche? Allá va la verdad completa: el círculo y el teatro no me llamaban la atención, y no sabiendo qué hacerme, me ocurrió la idea de pasar la noche del mejor modo posible. En el caso